



Un Duelo en la Infancia

Ana Cristina Bissón de Moguillansky

Presento en este trabajo un caso de duelo en la infancia que permite reflexionar sobre la asociación duelo-trauma y plantea interrogantes acerca de la repetición del trauma durante el análisis.

El dolor psíquico que entraña el penar por el objeto lleva a pensar en las defensas que es capaz de instrumentar el sujeto para mitigar o evitar este dolor, y en cómo ellas afectan temporaria o permanentemente al aparato psíquico cuando se trata de un niño o de un adolescente. La intolerancia al dolor psíquico (por inmadurez del sujeto o por fallas del objeto o por ambas) podría determinar diversas vicisitudes en la marcha elaborativa, inclusive su detención a favor de otro tipo de tramitación que sirva para eludir el penar por el objeto. Cuando esta detención se produce, la elaboración de la contratransferencia parece ser un paso importante para la prosecución del análisis. La repetición del trauma en el encuadre es un tema difícil de trabajar debido a la tentación de entenderlo como un ataque al análisis. A lo largo de los cuatro años de tratamiento de este paciente me vi forzada por la insistencia del material a pensarlo como mecanismo repetitivo: hacer activo lo que se sufrió pasivamente y de esa manera integrar a la trama asociativa aquello que no podía ser procesado por el aparato psíquico¹.

Lucho es el último de tres hermanos varones. El mayor, asmático, le lleva siete años. El segundo, también asmático, es un año y medio mayor que Lucho. Entre el hermano mayor y el del medio nació otro varón, que murió al poco tiempo debido a una afección cardíaca. La mamá de Lucho, también asmática de niña, estuvo deprimida al morir su segundo hijo.

Lucho padeció en la primera infancia de varios episodios de bronquitis con broncoespasmos. Fue un bebé tenso con un exagerado "tono" muscular; después estaba siempre "a la pesca" de indicios acerca del estado emocional de la familia, pronto a divertirlos con imitaciones o payasadas, a sacarlos de la abulia o la depresión. La organización familiar

incluía como pilares a los abuelos maternos; vivían en el mismo edificio y proporcionaban el cuidado diario a los chicos. La mamá y el papá trabajaban y no volvían a medio día; los chicos, al volver del colegio, iban a casa de la abuela, comían y hacían los deberes allí. La abuela siempre estaba.

Al terminar el primer año de colegio el papá se sintió muy mal, con serias dificultades respiratorias (disnea cardiaca) y finalmente fue operado (reemplazo valvular). Lucho vigila a su papá, estaba pendiente de cómo respiraba. Un par de días antes de salir de vacaciones, un hermano fue atropellado por un auto y Lucho se encontró súbitamente solo en su casa, ya que su papá había salido corriendo sin avisarle para ocuparse del hijo accidentado. Tras un momento de pánico, fue a la casa de los abuelos. El hermano se había fracturado la pierna y con él enyesado partieron todos de vacaciones. Al llegar cundió la varicela: quince días cada uno, por turnos. La ansiedad de Lucho quedó disimulada por la enfermedad: total, mamá estaba todo el día aunque no estuviera la abuela.

El problema apareció cuando volvieron de las vacaciones, se curó la varicela y mamá empezó a trabajar. Lucho no quería ir al colegio por temor a quedarse solo. Tuvo ataques de asma cada vez más frecuentes, hasta llegar a dos o tres veces por semana, y se orinaba en la cama todas las noches.

La primera vez que lo vi tenía siete años y tres meses. Se quedó parado toda la hora, presa del pánico. No logró articular palabra, ni siquiera llorar o pedirle a la mamá que se quedara con él. Recién sobre el final de la hora se le cayeron grandes lagrimones como respuesta al señalamiento de su dificultad para pedir ayuda. La segunda vez que vino le pidió a la mamá que se quedara en la sala de espera. Parecía otro nene, revolviendo la caja y poniéndose a dibujar. El dibujo representaba a un viejito que tenía un bastón en una mano, y en la otra una canasta; un nene le daba la mano (la de la canasta), y había todo un movimiento de viento triste que partía del árbol que estaba al costado del viejito, ya que sus hojas se iban transformando en gotas de lluvia y luego en lágrimas. Lucho dijo que ese viejito era su abuelo, a quien él ayudaba a caminar, y que lo había dibujado con bastón porque le dolía una pierna. En esta escena se condensaba en la figura del abuelo la dificultad del hermano para caminar (abuelo con bastón) y también la del papá para respirar y caminar (el papá, en el período de recuperación de su operación, lo llevaba a caminar con él).

Si bien Lucho había sido traído a la consulta por la fobia escolar, los ataques de asma y la enuresis, lo que verdaderamente lo hacía sufrir era esta mezcla de duelo y situación traumática. La intensidad emocional de la comunicación en esta segunda entrevista, así como la índole depresiva del dibujo, me hicieron pensar que Lucho estaba muy conmovido

y buscaba un sostén, al tiempo que él mismo se había ubicado como sostén de un objeto moribundo.

Estos primeros meses de análisis estuvieron dedicados al tema de la cercanía con la mamá, obstaculizada por tantos hermanos y ocupaciones (la mamá era maestra): cómo ser mirado por mamá, cómo atraer su atención. Lucho sentía que su mamá lo abandonaba por sus alumnos y le robaba sus mejores juguetes para llevárselos a los chicos del colegio, dejándolo a él muy empobrecido. Esta fantasía de ruina exhibe una compleja estructura depresiva que envuelve el deseo de Lucho de agradar a la mamá, ya que ésta valora que alguien sea pobre, y lo atiende cuando está necesitado. Los chicos pobres capturan tanto su atención que ella está más en el colegio que en casa, y los prefiere, puesto que les lleva juguetes que los hijos ya no usan, y así estos juguetes pasan a ser los mejores (los preferidos de mamá)².

Se acercaba fin de año y con ello el temor a las vacaciones accidentadas. Yo suponía, por lo que habían dicho los padres, que el período de las vacaciones analíticas podía ligarse con la operación del papá y sobre todo con el accidente del hermano, conformando una situación muy angustiante para Lucho. Pero no sospechaba la índole fuertemente repetitiva de esta situación traumática. Un buen día, a fines de diciembre, me dijo el papá que las vacaciones se las daban en enero y que se iban la semana siguiente, agregando que lamentaba no haber podido avisarme antes. Cuando me repuse de la sorpresa me di cuenta de que quedaba sólo una semana de análisis. No sé en qué medida también Lucho había sido sorprendido por estas vacaciones. La situación estaba invertida y la urgencia que yo sentía por "aprontar" a Lucho tenía que ver con el impacto de sufrir pasivamente, como le había sucedido a él, una súbita separación. Pasé a ocupar el lugar del muerto en este puente: alguien jugaba con mis cartas sin que yo pudiera participar en el carteo. Esa sesión Lucho dibujó corazones partidos, en obvia referencia a la separación en el análisis y también al corazón dañado del papá. Las líneas quebradas hacían pensar en electrocardiogramas, hospital, operación, urgencia: yo podía morirme, se me podía romper el corazón debido a la separación. Esta interpretación fue seguida por el "collage" de lo que Lucho llamó hospital, y parecía atenuar con su blancura y su techo la sensación de tragedia inminente. A continuación relató un sueño y lo dibujó: él estaba en su cama durmiendo cuando vino un marciano que era bueno y le quería mostrar su nave espacial. Allí se despertó y llamó a la mamá porque tenía miedo. Dijo que el señor que había dibujado era un marciano "porque era verde", pero como lo había pintado de marrón pregunté por qué, y dijo que así estaba vestido, con pantalón y camisa, "todo igual"; agregó que tenía miedo de no poder salir de la nave espacial, aunque el marciano era bueno. Mientras dibujaba la escalera, le señalé que en el sueño el señor no parecía tan bueno, ya que él se había



despertado cuando soñaba y tal vez sintió que el marciano se lo quería llevar. Comenzó a dibujar el cuadro de la izquierda, aparentemente colgado en la pared de su habitación y mientras lo hacía trató una vez más de convencerme-convencerse de que el marciano era bueno, aunque reconoció que le había dado mucho miedo y que después no se podía dormir. Mientras tanto, borraba la escalera que conducía a la nave. Le dije que este marciano parado en la puerta le daba tanto susto que se le cortaba la respiración y tenía miedo de quedarse encerrado en la nave y no poder volver a su cama.

En verdad, al mirar el dibujo, el marciano-papá parece un papá-vigilante, puesto allí para impedir que el soñante se levante y vaya a la cama de los padres. Podría ser la representación de la fantasía de un pene que vigila el acceso a la madre. El sueño muestra tanto el deseo como la prohibición. También representa la ambivalencia hacia el padre, que aparece como bueno y malo; la elaboración secundaria lo lleva a borrar la escalera, aceptando la prohibición paterna, pero conservando la disociación bueno-malo: el verde del marciano bueno pasa al cuadro, mientras que el marciano-vigilante ha sido pintado de marrón. La quietud del chico en la cama podría remitir a lo contrario: inquietud, mucho movimiento en la cama indicando la excitación sexual. Tal vez la transparencia de la casa, que permite ver la escalera y que une a la nave con el chico, esté relacionada con aspectos del sujeto no discriminados de este objeto. Borrar la escalera también puede pensarse como ocultar a la analista-papá su deseo de ascender a la nave, en la misma línea de la elaboración secundaria.

Luego de las vacaciones analizamos su temor a que el papá muriera del corazón, vale decir, a que no pudiera respirar como sentía que le sucedía a él cuando tenía asma. Pero un elemento quedó sin profundizar: el pánico que sintió cuando el papá salió corriendo por el accidente del hermano, sin avisarle. Mucho tiempo después pude relacionar este hecho con la tardanza sistemática del papá en traerlo a sesión (veinte a treinta minutos) y también en venir a buscarlo, y con la manera apresurada de avisarme las vacaciones, ya que Lucho encubría y protegía al papá de cualquier crítica por apropiada que fuera. El encubrimiento también puede relacionarse con la insistencia de Lucho en la bondad del marciano del sueño.

Durante el segundo año de tratamiento murió la abuela. Este hecho no pareció significar mucho para Lucho, ya que nunca lo vi apenado. Sólo un par de veces mencionó que la mamá estaba triste y no había que hacerla renegar. Pero tuvo algunas pesadillas: en una, él estaba durmiendo, venía el diablo y se lo quería llevar. En otra venía una patota de chicos de la edad de su hermano del medio: eran cinco y lo esperaban abajo, le gritaban que saliera y él no quería salir; entonces incendiaban el departamento y cuando el fuego estaba llegando a la cama, a punto de quemarlo, se despertó gritando y llorando. Lucho



asoció el diablo a la abuela por una cierta deformación de la cara en el sueño; le interpreté el temor a que la abuela no estuviera verdaderamente muerta juntamente con su deseo de que se muriera del todo para que mamá no estuviera tan triste. Lucho recordó una película de los "muertos-vivos" y le interpreté la excitación que le producían las películas de terror. Después asoció al diablo del sueño con "eso que dicen del cassette de Xuxa, que lo nombra al diablo". Le dije que Xuxa le gustaba mucho y le hacía sentir deseos de espiar lo que había del otro lado del cassette. Lucho entonces me contó que estaba estudiando Catecismo y que ya faltaba poco tiempo para tener que confesarse. No sabía qué tenía que confesar. Le dije que me parecía que él pensaba que toda esta excitación por Xuxa y por espiar detrás del cassette eran cosas muy feas y que por eso venía el incendio del sueño.

Resulta evidente el parentesco entre estos dos sueños y el sueño del marciano, que contiene a ambos. El sueño de los patoteros y el incendio alude a la masturbación nocturna representada en el dibujo-sueño por la inmovilidad del soñante, y el diablo- abuela está contenido en el marciano-papá (por otra parte, debo reconocer que la caracterización del papá como marciano me pareció muy ingeniosa, ya que es un hombre que vive "en las nubes").

No hubo más sueños ni referencias a la abuela. Su juego se volvió repetitivo, centrado en la rivalidad con los hermanos y en negar todo cansancio. Yo era, al principio, un rival al que había que aplastar de cualquier manera, y verdaderamente lo hacía. Trampeaba, jugaba sucio. Luego comenzó a jugar al fútbol, pero ya no era a muerte: me enseñaba jugadas y me protegía de los golpes fuertes. Durante mucho tiempo fui su coach, el entrenador ideal, el compañero y algunas veces el rival. Había en este juego mucha satisfacción instintiva, mucho de repetición y la ideación quedaba limitada al ámbito de la competencia deportiva. Lucho llegó a comentarle a la madre que yo jugaba bien al fútbol, lo que, comparando con mis habilidades personales, me hizo pensar que en la transferencia yo era un objeto muy idealizado y me trataba como a su papá: encubriéndome y protegiéndome. Los pelotazos iban y venían, a veces muy fuertes, lo que generaba mucha culpa en Lucho, hasta que comprobó que el juego rudo no mata a nadie, y tampoco a mí. Analizamos la transferencia homosexual y la exagerada competitividad de Lucho. No volvió a tener ataques de asma, aunque todavía le resultaba difícil reconocer el cansancio.

El problema era que yo no me cansaba, o no lo podía reconocer. ¿Mi propio placer en el juego era tan intenso que tampoco yo reconocía mi cansancio? Empecé a pensar qué pasaría si Lucho no pudiera jugar al fútbol, y entonces reparé más en los momentos iniciales de cada sesión: Lucho miraba la caja de juegos y ponía expresión de aburrimiento, revolvía la caja pero nada parecía interesarle. Había como un fondo de insatisfacción; la



acción parecía inespecífica y vehículo de un aburrimiento poco plácido, de un no saber qué hacer. Vinculé el aburrimiento inquieto de Lucho con mi no reconocimiento del cansancio y pensé que yo estaba actuando este aspecto sobreadaptado de Lucho en mi afán de constituirme en un super-padre. El resultado de todas estas cavilaciones fue que decidí interrumpir el juego del fútbol, primero una sesión sí y otra no, y después todas las sesiones.

Lucho empezó a estar desganado, apático. Durante dos meses dibujó "superhéroes" relatándome las características de cada uno. De ello deduje que lo que verdaderamente hacía mella en su ánimo era que, para él, yo estaba moribunda puesto que no podía jugar al fútbol: no era un superhéroe. Se fue poniendo cada vez más apático, incluso se durmió dos veces en sesión. Tuve miedo a un recrudecimiento del asma. Pensé en este pasaje del lugar del muerto al lugar de un objeto pseudo-protector, idealizado y omnipotente, alguien que no se cansa nunca, y que Lucho había erigido en su yo un objeto grandioso que lo protegía de cualquier inquietud o cansancio. Al suspender el fútbol, le había fallado, volviendo al lugar del muerto.

Un día no vino a sesión. La mamá me refirió —y Lucho también, en la sesión siguiente— que al volver de la plaza no había nadie en la casa, y tampoco estaba el abuelo, de manera que se quedó solo en la calle, llorando, durante bastante tiempo. El papá no había ido a buscarlo para traerlo a sesión. A partir de entonces desarrolló una fobia a ir y volver solo del colegio, de la plaza y también a quedarse solo en el consultorio. Después de la muerte de la abuela, el abuelo se había hecho cargo de dar de comer a los chicos, pero no de "estar" como estaba la abuela. Salía, hacía trámites, y además estaba a punto de ser operado de un ojo, por lo cual no podía vigilar a los chicos. Por otra parte, el hermano del medio, que ya estaba terminando séptimo grado, salía mucho, tenía novia y no quería volver del colegio con Lucho porque era chico y él volvía con su novia. Lucho exigió que el papá se quedara en la sala de espera como manera de evitar que se olvidara de venir a buscarlo. ¿O lo había puesto de vigilante, como en el sueño del marciano?

El análisis de estas fobias reveló nuevos aspectos del duelo por la abuela que siempre estaba: la rabia y los celos por el trabajo de la mamá (¡tenía tantos chicos!), por las ocupaciones del abuelo y por el abandono del hermano.

La rabia disminuyó y con ello también el resentimiento hacia esta mamá compartida con tantos chicos. Las fobias desaparecieron y Lucho pudo organizar sus salidas con más libertad interna en la medida en que toda la problemática del duelo —sobre todo la fragilidad del objeto— se centró en la transferencia: el consultorio pasó a ser el único lugar donde no podía quedarse solo, y esto estaba ligado a mi propia fragilidad. Estaba "muertita" por no jugar al fútbol. Él suponía que yo me cansaba mucho. Comenzó a mirar el

reloj por mí, a reemplazarme en esta función de cuidado del setting porque no quería ser sorprendido por un abandono (el final de la sesión).

Los seis meses de fútbol tuvieron como telón de fondo una "depresión tensa"³ que expresaba la inquietud de Lucho ante un partenaire muerto o poco vital y la lucha contra la propia identificación con este objeto muerto. Mi impresión es que mientras tuvo ataques de asma, ésta fue la vía de descarga de las ansiedades vinculadas a la muerte del objeto; Lucho evitó un dolor intenso al ponerse él en el lugar del objeto muerto, generando expectativas y cuidados en los padres y logrando así revivirlos momentáneamente. Pero cuando el síntoma ya no fue eficaz para estos fines Lucho se las ingenió para alejar de su cabeza toda idea que pudiera contener al objeto muerto o restos de él, depositando en la transferencia su esperanza de que este objeto viviera siempre alerta y dispuesto a servir de alter ego a su yo moribundo.

La interrupción de esta escena imaginaria (Lucho jugando reiteradamente con un entrenador-amigo-papá sano) lo precipitó en una verdadera depresión. Lucho estaba triste, hecho un trapito; revolvía la caja de juguetes sin encontrar nada a qué ligarse y se quedaba largos ratos sin hablar. Una de esas sesiones se le empezaron a caer lágrimas de a poquito hasta conformar un hilo continuo que él no limpiaba. No decía nada, no hacía nada, simplemente estaba ahí. Le señalé la tristeza y describí lo solo que se sentía, sin poder contarle a nadie lo que le pasaba. Hablé de su abuela muerta que ya no estaba esperándolo con la comida cuando volvía del colegio y del hermano que también se había "ido" al ponerse de novio y parecía no querer estar más con él. Recién entonces pudo limpiarse las lágrimas y recordar las ricas comidas que le hacía la abuela, y también las veces que la abuela no escuchaba el timbre y no le abría la puerta, las veces que confundía su nombre con el de su hermano del medio. Comenzó también a expresar su rabia contra el abuelo que no reemplazaba exactamente a la abuela: le daba de comer pero salía a cada rato, tenía que hacer trámites... Lucho estaba hablando, sin duda, de objetos en los que no podía confiar y de su propia dificultad para discriminarse y no morir junto con el objeto.

Retomó un distraído juego de pelota, sin pedirme que jugara con él: sólo quería que lo mirara y a veces que lo aplaudiera cuando me mostraba alguna jugada difícil, que llevara la cuenta de los goles y a veces que hiciera de relator de su partido de fútbol imaginario, aunque él me soplaba la letra. Luego comenzó a oscilar entre el jugar solo mientras yo lo miraba, y el jugar conmigo. Este pedido de jugar a la pelota obedecía al deseo de comprobar que yo no me había muerto ni lo había abandonado y fue reemplazado después por el deseo de que yo pensara en él durante su ausencia. Un día (era la última sesión de la semana) me contó que el martes siguiente tenía un partido importante, con los chicos



del grado, y agregó: "vas a ver que el martes, justo a la hora del partido, llueve; acordate de lo que te digo y cuando llueva acordate de mí y acordate que a mí siempre me toca lo peor". El día del partido era también el día de su próxima sesión, por lo que le dije que quería que yo pensara en él durante el fin de semana, así se sentía más seguro de volver a verme. Se sentó, dijo "¡Uf, qué cansancio!" y pidió jugar a los garabatos, a que nos completáramos mutuamente las fantasías dibujando.

Durante un tiempo el tema del análisis fue la primera parte de aquella frase: "acordate de mí cuando no estoy", que invertida apuntaba a la pena de Lucho por mi ausencia cuando no tenía sesión y a la necesidad de conseguir para sí (pero primero en mi cabeza) un apronte angustioso, una fantasía de que si yo lo tenía presente él podía estar preparado para la ausencia del objeto. Después hablamos del "a mí siempre me toca esperar", que Lucho invertía haciéndome esperar a mí. Finalmente se trataba de un esperar siempre lo peor: que lloviera el día del partido, o que yo tuviera pacientes después de atenderlo a él y no lo mantuviera en mi cabeza.

El papá puesto de vigilante en la sala de espera, como el marciano del sueño, cumplía la función de evitar la claustrofobia: quedarse encerrado dentro de un objeto muerto. El primer día que Lucho aceptó que el papá lo esperara en el bar de la esquina, al bajar no lo vio y subió nuevamente al consultorio. De paso pudo espiar, saber que yo estaba "ocupada" con otro paciente. La sesión siguiente relató lo que había sucedido, y ese ¡uh! en el corazón que sintió cuando no vio al papá. Jugó a la pelota y después, cansado, se recostó en el diván. Habló de los parquímetros, de la dificultad para estacionar, y esta línea de asociaciones culminó cuando relacionó el parquímetro, que marca un límite al estacionamiento, con el uso del reloj en sesión. "¿Te acordás esa vez que me trajo mi hermano y se te paró el reloj? ¿Qué harías si se te parara el reloj? Porque esa vez te pasaste...". Efectivamente, aquella vez se me paró el reloj y cuando me di cuenta fui a mirar a otro reloj que hay en la cocina; casualmente era justo la hora de terminar, pero para Lucho el reloj parado era sinónimo de seguir ininterrumpidamente la sesión, de ahí la anterior referencia al parquímetro que impone una multa al auto que "se pasa". Era una vez más una referencia al papá que "se pasaba" de la hora, por lo que le dije que tenía miedo de quedarse encerrado conmigo, que si mi reloj-corazón se paraba, la sesión no se terminaría nunca.

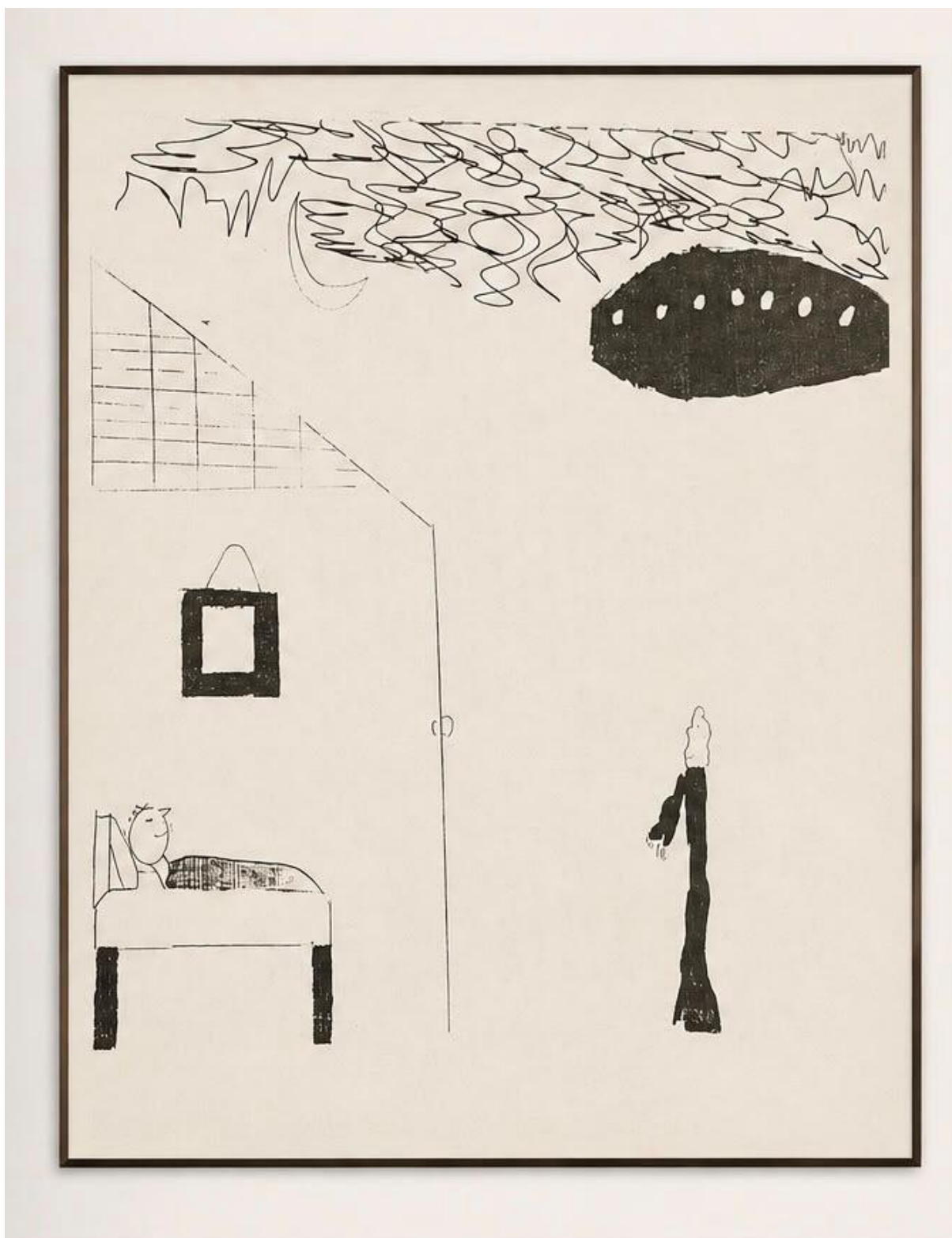
Este análisis ya lleva casi cuatro años de duración, tiempo suficiente como para pensar si es producto del azar la reiteración de las situaciones de abandono, como si esta familia no pudiera contener no prever las ansiedades, temores y necesidades de los chicos. Tengo la impresión de que el duelo por la caída de la omnipotencia de los padres no sólo se reaviva a casa momento, sino que se tematiza en forma melancólica: esperar siempre lo

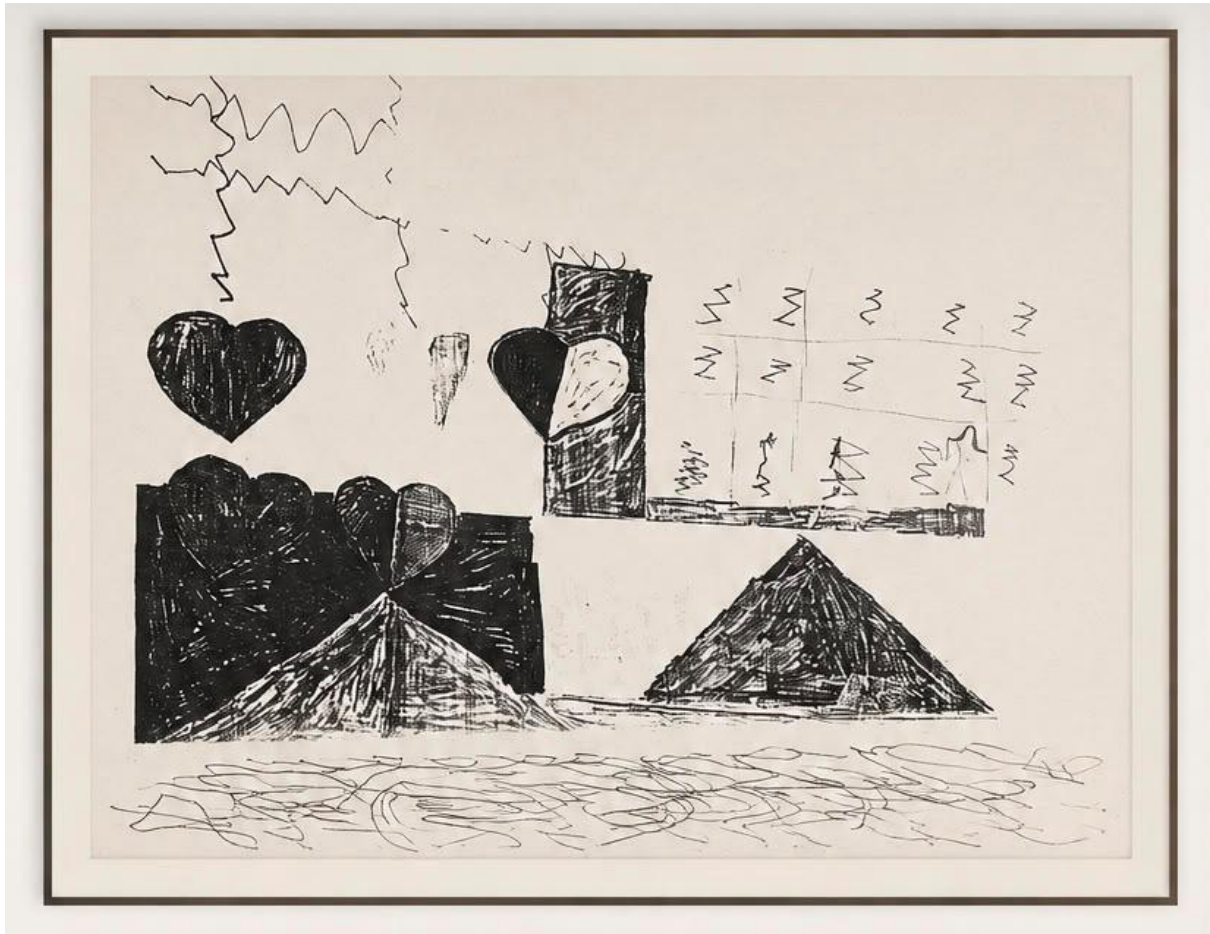


peor, como decía Lucho respecto al partido de fútbol con lluvia. Y no sólo eso: esperar siempre lo peor es ser siempre el peor, por tanto el preferido de mamá. Para acordarme de él, yo debía esperar que lloviera y pensarlo como muy necesitado y muy pobre. Esta transferencia materna pudo ser desplegada y analizada, aunque no diría resuelta. ¿Pero qué decir de las dos veces en que resulté "ausente"? Me refiero a las sorpresivas vacaciones del primer año de análisis y a la vez que, debiendo venir a sesión, Lucho estuvo parado en la puerta de su casa, llorando y sintiéndose perdido. Mi asociación con "ocupar el lugar del muerto" tenía mucho que ver con estas oportunidades en que quedé afuera y también con la transferencia paterna, ya que, por inversión, yo terminaba abandonando a Lucho. El dominio de esta situación era conseguido haciéndome sufrir activamente lo que él padecía por la acción de otros, como en el juego del carretel. De esta manera, Lucho se preparaba para el final de la sesión, para la separación del fin de semana y para "lo peor": la lluvia, las llegadas tarde del papá, etc. Creo que la dificultad para comprender esta situación consistió en pensarla fuera del vínculo transferencial: "otra vez este chico tirado en la calle!".

La interrupción del fútbol, en cambio, provino del análisis de la contratransferencia. La ruptura de la imaginaria escena de unión con un objeto ideal precipitó los sentimientos de pena por el objeto perdido. Pero el período en que fui su "entrenador" también fue fructífero, ya que en este tiempo pudo producirse una discriminación de las partes del yo que estaban fundidas con el objeto. Este "cuerpo a cuerpo" con todo el despliegue de la agresividad, la competencia, la ambición, la rivalidad, etc., permitió la discriminación de las partes del yo que estaban fundidas con el objeto. Pienso que la usurpación del papel de padre-madre de sí mismo, que pude descubrir en mi actitud de superhéroe que no se cansa nunca, servía para proteger a estos aspectos yoicos inmaduros de una brusca separación del objeto y de un trágico darse cuenta de la propia incapacidad para la protección y el cuidado (el peligro de la integración súbita a que se refiere M. Klein⁴). Durante este período se "legalizó" la inmadurez del paciente, pudiendo aceptar sus aspectos infantiles como infantiles y renunciar al beneficio de sentirse tan omnipotente como el objeto.







REFERENCIAS

1. Freud, S. (1976-1985). Duelo y melancolía (1917). En *Obras completas* (Vol. XIV). Amorrortu.
Freud, S. (1976-1985). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras completas* (Vol. XX). Amorrortu.
Freud, S. (1976-1985). Más allá del principio del placer. En *Obras completas* (Vol. XVIII). Amorrortu.
Klein, M. (1990). Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos (1935). En *Obras completas* (Vol. 1, p. 267). Paidós.
Klein, M. (1990). El duelo y su relación con los estados maniaco-depresivos (1940). En *Obras completas* (Vol. 1, p. 346). Paidós.
Klein, M. (1971). Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé. En *Desarrollos en psicoanálisis* (Vol. 1, p. 177). Hormé/Paidós.
Klein, M. (1971). Observando la conducta del bebé. En *Desarrollos en psicoanálisis* (Vol. 1, p. 209). Hormé/Paidós.
Klein, M. (1971). Sobre la teoría de la ansiedad y de la culpa. En *Desarrollos en psicoanálisis* (Vol. 1, p. 235).



- Hormé/Paidós.
Klein, M. (1971). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Desarrollos en psicoanálisis* (Vol. 1, p. 253). Hormé/Paidós.
Klein, M. (1971). Envidia y gratitud. En *Envidia y gratitud y otras obras* (p. 11). Hormé/Paidós.
Klein, M. (1971). Sobre el desarrollo del funcionamiento mental. En *Envidia y gratitud y otras obras* (p. 87). Hormé/Paidós.
Klein, M. (1971). Sobre el sentimiento de soledad. En *Envidia y gratitud y otras obras* (p. 175). Hormé/Paidós.
Klein, M. (1971). Simposium sobre enfermedad depresiva. Una nota sobre la depresión en el esquizofrénico (1959). En *Envidia y gratitud y otras obras* (p. 237). Hormé/Paidós.
2. Cf. Klein, M. (1990). Principios psicológicos del análisis infantil. En *Amor, culpa y reparación* (Vol. 1, pp. 144-145). Paidós. Caso Ruth.
 3. Liberman, D. (1959). Psicoanálisis del alcoholismo y de la adicción a las drogas. *Acta Neuropsiquiátrica Argentina*, 5, 161.
 4. Klein, M. (1971). Envidia y gratitud. En *Envidia y gratitud y otras obras* (Vol. 6). Hormé/Paidós.
Klein, M. (1971). Sobre el desarrollo del funcionamiento mental. En *Envidia y gratitud y otras obras* (Vol. 6). Hormé/Paidós.
Klein, M. (1971). Sobre el sentimiento de soledad. En *Envidia y gratitud y otras obras* (Vol. 6). Hormé/Paidós.